



Colombia, cuatro décadas de violencia

GERMÁN REY

Entre 1977 y 2015, el periodismo colombiano ha vivido la época más difícil. Fueron asesinados 152 periodistas en razón de su oficio. La realidad del conflicto interno, que se ha vivido intensa y gravemente en las regiones colombianas, es la principal razón de esta violencia en que participan narcotraficantes, paramilitares, guerrilleros, bandas criminales, algunas autoridades e integrantes de las fuerzas militares y de policía y políticos corruptos. La impunidad ha sido dramática. Cerca del 50% de los casos mencionados ya han prescrito y solo hay cuatro en que se conoce la situación de la cadena criminal, desde sus determinadores intelectuales hasta sus autores materiales.

Palabras clave: Periodismo, violencia, corrupción, regiones, impunidad, daño colectivo, Colombia.

Entre 1977 y 2015 fueron asesinados 152 periodistas colombianos por razón de su oficio. La cifra es una de las más altas dentro de los registros mundiales en ese período. Pero especialmente entre 1986 y 2004, Colombia ocupó los primeros lugares de la lista global de crímenes contra periodistas junto a Afganistán, Yugoslavia, Rusia, Irak y Sierra Leona.¹

Solo entre 1986 y 1995 fueron asesinados en Colombia 61 periodistas y en la década posterior, comprendida entre 1996 y el 2005, murieron otros 60. En total: 121. Lo que significa que solo en esos 20 años fue asesinado un 78% del total de periodistas que cayeron ejerciendo su oficio en 40 años.

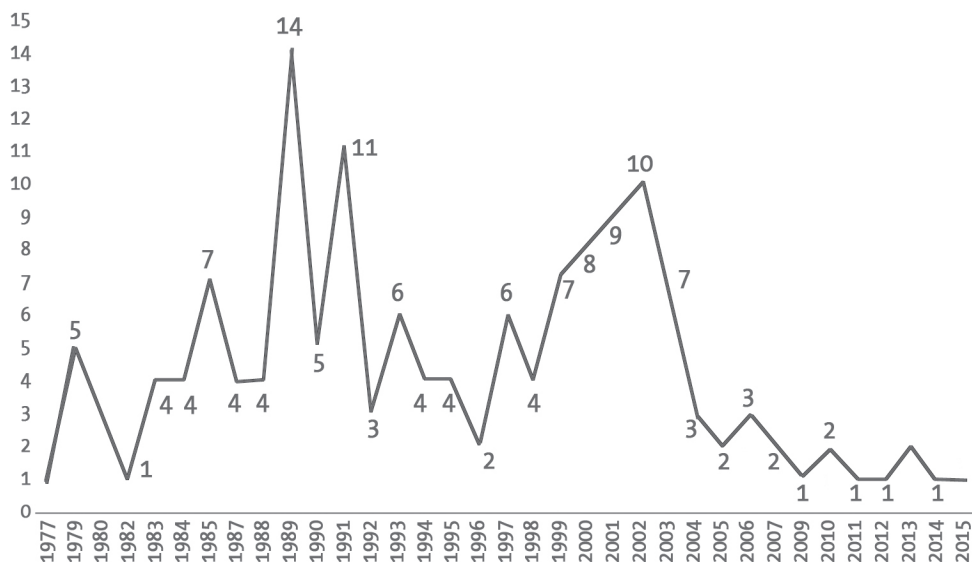
GERMÁN REY es profesor de la Maestría en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Coordinador y relator del informe *La palabra y el silencio. La violencia contra periodistas en Colombia (1977-2015)* del Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015. Fue defensor del lector del periódico *El Tiempo* e integrante de la Junta Directiva del periódico *El Espectador* y de la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP). Miembro de la Junta Directiva de la Fundación Gabriel García Márquez de Nuevo Periodismo Iberoamericano y cofundador de la *Revista de Estudios Sociales* de la Universidad de los Andes. Ha publicado libros y artículos sobre comunicación, periodismo y cultura.

¹ Estadísticas por año del Committee to Protect Journalist (CPJ).



GERMÁN REY

Gráfico 1. Asesinatos de periodistas colombianos 1977-2015



Fuente: CNMH, 2015. Elaboración propia.

Fueron esos, precisamente, los años en que se acrecentó la violencia en el país, tal como lo señala el informe *Basta ya*, sin duda el estudio más comprehensivo de estos años de conflicto armado, realizado por el Grupo de Memoria Histórica (GMH). En ese documento se lee que «Las dimensiones de la violencia letal muestran que el conflicto armado colombiano es uno de los más sangrientos de la historia contemporánea de América Latina. La investigación realizada por el GMH permite concluir que en este conflicto se ha causado la muerte de aproximadamente 220.000 personas entre el 10 de enero de 1958 y el 31 de diciembre de 2012» (CNMH, 2013: 31).

Cuando se observa con detenimiento este panorama de horror van apareciendo unos trazos que explican la magnitud de la catástrofe. El conflicto armado interno que asola el país desde hace por lo menos 50 años, es la razón principal de estas muertes. En otras palabras: la violencia contra los periodistas se ha producido fundamentalmente como consecuencia de la guerra. Esta conclusión general se desglosa en una gran cantidad de acontecimientos que conforman, a su vez, una realidad compleja que tiene hipótesis explicativas muy diversas.

Este es un conflicto dramáticamente largo (más de medio siglo), con múltiples actores, vivido en diferentes zonas del país, algunas muy alejadas y de difícil topografía. Un conflicto ubicado fundamentalmente en áreas rurales desprovistas de la presencia del Estado y mantenido por los dineros ingentes del narcotráfico y el pillaje de los dineros públicos. De los campos ha saltado

a los centros urbanos en los que existen milicias guerrilleras, bandas paramilitares que extorsionan y matan y *oficinas* de narcotraficantes que administran grupos de sicarios y promocionan negocios ilícitos.

Se trata entonces de un conflicto con poderosos ejércitos privados de narcos, paramilitares, guerrillas y bandas delincuenciales, que se fue degradando hasta límites humanitarios inconcebibles. La fuerza poderosa de estos actores armados ha dejado consecuencias pavorosas de desplazamiento, robo de tierras, exilios, torturas, muertes y vulneración de prácticamente todas las libertades civiles y los derechos humanos.

La situación de los periodistas debe verse articulada al contexto más complejo y amplio del conflicto armado, porque son muchas las conexiones que tiene esta violencia desatada por la guerra con las realidades vividas durante estos años por el periodismo colombiano.

Una segunda característica de la violencia contra el periodismo en Colombia es la diversidad de actores. Los narcotraficantes que fueron generando estructuras del crimen organizado de gran poder y capacidad de corrupción y que se incrustaron, no solo en la trama delincencial, sino en la política y dentro de organizaciones del Estado; las guerrillas de diverso tipo que han actuado en regiones en las que alcanzaron un dominio territorial sin haber sido dominadas completamente por la fuerza legal, los paramilitares que generaron verdaderos ejércitos irregulares en muchos casos aliados con políticos y militares, con los que cooptaron estructuras del estado local y se apropiaron de inmensos territorios de los que expulsaron a sus habitantes originales, casi siempre campesinos, comunidades afrocolombianas o grupos étnicos — particularmente de indígenas—, las bandas criminales (*bacrim*),² que se han alimentado del hampa local, antiguos reinsertados de las autodefensas y las guerrillas y algunos ex miembros de la policía, el ejército y funcionarios que medran alrededor de densos procesos de corrupción. A todos ellos se suman agentes del Estado, desde alcaldes y funcionarios públicos hasta policías, organismos de seguridad y fuerzas militares.

Cada uno de estos actores ha tenido una estrategia de arremetida violenta contra los periodistas y un enfoque determinado de la información dentro de su funcionamiento guerrero. Hay una percepción del significado de la opinión pública y un conjunto de intereses para influenciar en ella del todo funcional a su carácter criminal. Pero también han existido procesos de hibridación criminal, asociaciones delictivas, conexiones y alianzas que han hecho aún más letal su acción contra la población, las instituciones del Estado y los periodistas.

Una tercera característica de esta cartografía de la violencia contra los periodistas, es su carácter regional. Colombia es un país de regiones, muy diferenciadas y particulares, que entremezclan el Caribe con lo andino, el contexto del Pacífico con los Llanos, la Amazonía con el sur del Cauca y el Putumayo.

² Las *bacrim* son organizaciones delincuenciales comprometidas con el narcotráfico, que tienen un poder importante en las regiones y que son un peligro contra el periodismo y los periodistas.





En *La palabra y el silencio. La violencia contra periodistas en Colombia (1977-2015)* del CNMH, refiriéndose al concepto de *región comunicativa*, se dice «proponemos esta denominación para referirnos a que existe un tejido comunicativo en las regiones, que hace posible la producción, el intercambio y la apropiación social de significaciones sociales, económicas, políticas y culturales entre sus habitantes, grupos y entramado institucional. Este tejido no se circunscribe solamente a los medios de comunicación y a la labor periodística, sino que también tiene que ver con las demás mediaciones comunicativas de la sociedad, con los modos de generación y circulación de sentidos, con la construcción y funcionamiento de una opinión pública local y regional, con los sistemas de reconocimiento social de la legitimidad de las vocerías en los territorios y con las relaciones entre hegemonías y relevancias comunicativas. En esta realidad comunicativa existen intereses en disputa, comprensiones diferentes que compiten socialmente por prevalecer e influenciar en la población, discursos y contradiscursos y tendencias comunicativas promovidas por las distintas instituciones de la sociedad regional» (CNMH, 2015).

El conflicto interno colombiano ha sido profundamente regional y esto explica el porqué la gran mayoría de periodistas y comunicadores asesinados, pero también amenazados, desplazados o torturados, han sido habitantes de las regiones. Como se observará más adelante, el periodista regional y local colombiano estuvo más cerca del epicentro de las confrontaciones bélicas, muy próximo a los actores violentos y en medio de zonas en donde el dominio territorial estaba en disputa entre actores ilegales y el Estado, eran circuitos del narcotráfico o áreas en que las tierras, la minería, los cultivos o la ganadería, atraían la capacidad depredadora y de robo de los violentos.

Con algunas excepciones, las regiones no tienen un tejido comunicativo muy desarrollado. Solo unas pocas poseen una cantidad importante de medios de comunicación, pauta publicitaria interesante, centros de formación de periodistas y un número significativo de comunicadores. En muchas de ellas, los periodistas son líderes de la comunidad, de la que son sus voceros conocidos y confiables, como también son los fiscalizadores de la acción de los gobernantes y, por tanto, la fuente más visible de investigaciones y denuncias.

Una de las grandes características de los periodistas de la región es su extrema soledad. Y en esta soledad los periodistas se vieron enfrentados a la agresividad de los ejércitos regulares e irregulares, a su animadversión y a la intención explícita de utilizarlos para cumplir objetivos.

Una cuarta característica de la violencia contra periodistas es su clara discriminación según el tipo de medios. Los periodistas más afectados fueron los de prensa y especialmente los de radio. Ello se explica por el propio desarrollo de los medios de comunicación en Colombia. Con pocos periódicos nacionales, Colombia es un país de periódicos regionales de gran arraigo y una multitud de pequeños emprendimientos periodísticos que son empresas unifamiliares, con redacciones mínimas, alcance local y una forma de propiedad que depende de una espada de Damocles: están muy supeditados a la

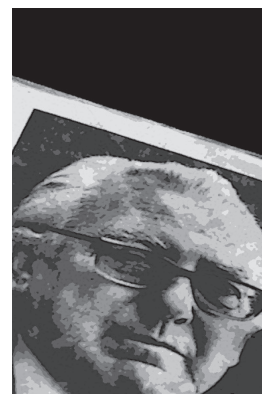
pauta oficial. A esa situación se agrega el fuerte sesgo político que acompaña a la prensa escrita desde los tiempos de la Colonia. Este sesgo se vuelve un arma de doble filo cuando el ejercicio de informar se hace en medio de un conflicto devastador y sin límites. Con un estado ausente o en algunos casos, inexistente, el trabajo periodístico se realiza en medio de la indefensión y de los peligros inminentes.

A partir de la primera mitad del siglo XX, la radio ha tenido una gran importancia en Colombia. Existen desde grandes grupos radiales en los que se involucran activamente las emisoras regionales y locales a través del *encadenamiento*, especialmente para los noticieros, hasta radios comunitarias que son muy importantes como medios de comunicación de proximidad. De 1977 a 1985 fueron asesinados en Colombia siete periodistas de prensa escrita, cinco de radio y cuatro que trabajaban en ambos medios. En total, 16 periodistas. De 1986 a 1995, fueron asesinados 29 periodistas de prensa escrita, 20 de radio y seis que trabajaban en ambos medios para un total de 55 periodistas. De 1996 a 2005 fueron asesinados 17 periodistas de prensa escrita y 25 de radio, para un total de 42. Finalmente, de 2006 a 2015, fueron asesinados tres periodistas colombianos de prensa escrita y ocho de radio, para un total de once periodistas (CNMH, 2015). Unas cifras espeluznantes.

Una quinta característica de la violencia contra periodistas es la del daño colectivo ocasionado por la muerte o la amenazas contra los informadores. En territorios en los que el periodista es prácticamente la única fuente de información de la comunidad, su desaparición ocasiona graves consecuencias para la colectividad.

Una sexta característica es la absoluta impunidad que han vivido los periodistas colombianos. De los 152 casos solo en cuatro se ha podido revelar y sentenciar a toda la cadena del crimen, desde sus determinadores intelectuales hasta sus autores materiales. Pero hay muchas circunstancias que rodean a la impunidad de los crímenes contra periodistas: la ausencia de investigación, la desorientación intencionada de los rumbos correctos de las investigaciones a través de imputaciones falsas, asesinatos de personas claves dentro de las indagaciones y un sistema judicial enmarañado e ineficiente.

Uno de los casos más relevantes ha sido el del subdirector del periódico *La Patria* de Manizales, Orlando Sierra Hernández. Tuvieron que transcurrir 13 años desde que fuera asesinado de dos tiros en la puerta de su periódico por un sicario que lo acribilló mientras caminaba con su hija, hasta que el Tribunal Superior de Manizales sentenciara al político Ferney Tapasco a 36 años, tres meses y un día de prisión como autor intelectual de un homicidio agravado. En este lapso de tiempo fueron asesinadas nueve personas involucradas en el crimen del periodista, que se había caracterizado por las críticas contra la corrupción política de su departamento.





Pero lo más grave de la impunidad no es que se hayan dado estos cuatro casos, sino que cerca del 50% de todos los crímenes contra periodistas en Colombia, hayan prescrito. Esto significa que judicialmente el tiempo para investigar, acusar y sentenciar ha finalizado y sus crímenes, sepultados en el olvido.

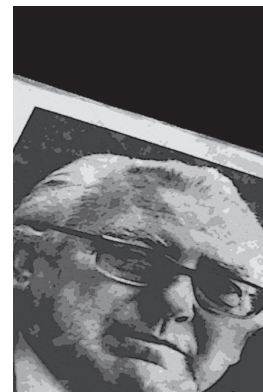
Una séptima característica es la atmósfera de intimidación que se agrega a los asesinatos de periodistas. Existe un conjunto de actuaciones que se ciernen sobre la tarea informativa para generar presión o producir miedo: amenazas, autocensura, secuestro, tortura, bloqueo del oficio, desplazamiento o exilios, entre otras. Si la impunidad envía un terrible mensaje a la sociedad, la amenaza genera una atmósfera viciada y constrictiva. El mensaje de la impunidad es que no cuesta nada asesinar a un periodista y la atmósfera es un entorno en el que ejercer el periodismo se convierte en un peligro real e inminente.

Una octava característica lo conforma el movimiento de resistencia que se dio al interior del periodismo, de organizaciones de la sociedad y del propio Estado colombiano. Ante la arremetida de los violentos, se produjo un movimiento de solidaridad que permitió hacerle frente, de manera creativa y consistente, a los embates de los poderes ilegales. Colombia es un buen ejemplo, tanto del sufrimiento ocasionado por los criminales, como de experiencias imaginativas para apoyar y fortalecer el ejercicio independiente y crítico del periodismo de calidad.

Así, la realidad del periodismo colombiano en estos años difíciles muestra caminos posibles y esperanzadores en medio de la oscuridad que generan las amenazas y la violencia incesante.

El conflicto armado en las salas de redacción

El conflicto armado colombiano entró de diversas formas a las salas de redacción de los medios de comunicación. Era inevitable que una confrontación tan cruel y con tantas implicaciones en la población civil no fuera uno de los centros fundamentales de la agenda mediática. Desde la de los grandes medios hasta la de los medios pequeños y comunitarios. Solo que mientras los grandes medios estaban relativamente mejor resguardados, los medios y periodistas locales tenían grados más altos de desvalimiento. Pero los hechos parecen controvertir esta afirmación. El Cártel de Medellín, liderado por Pablo Escobar, puso una bomba de 135 kilos de dinamita a *El Espectador* en 1989 y otra de 50 kilos al periódico *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga el mismo año. Las dos redacciones volaron por los aires y en ambos casos salió un periódico al día siguiente, escrito en medio de los escombros. Cerca de diez periodistas de *El Espectador* fueron asesinados, uno tras otro. Desde su director, Guillermo Cano (1986), hasta personal administrativo y el abogado que los defendía. Ediciones completas de diarios con noticias que denunciaban a los narcotraficantes no llegaron nunca a su destino y fueron robadas en el camino y la hija de un presidente de la República —Diana Turbay Quintero— que dirigía un noticiero de televisión, murió en 1991, en la mitad de un tiroteo entre la poli-



cía y sus secuestradores en una granja perdida entre las montañas.

Pero todos estos hechos se ven sobrepasados por la sevicia de los victimarios contra humildes periodistas locales a los que asesinaron en sus cabinas de locución, en las puertas de su casa, en las calles de sus pueblos o inclusive dentro de las salas o los portales de sus propias casas. Con frecuencia se les amenazaba como una advertencia tenebrosa con sufragios, llamadas intempestivas en la noche o grafitis pintados en las paredes. Con una facilidad pasmosa y, en ocasiones, con la colaboración de las propias autoridades, se les asesinaba, enviando de esta manera un mensaje al colectivo de periodistas y a la comunidad.

Los actores armados buscaban callar o divulgar. Callar las investigaciones contra sus abusos o las denuncias de sus atropellos. Divulgar sus comunicados de guerra o ampliar comunicativamente la cobertura de sus acciones. Pero tal como se comprobó en *La palabra y el silencio* (2015), la corrupción ha sido desde muy temprano uno de los desencadenantes de la violencia. El seguimiento informativo de las acciones de los políticos corruptos, la vigilancia de las decisiones de las autoridades especialmente sobre el uso y destinación de los dineros públicos y el control mediático de los diferentes poderes desataban la violencia de una forma implacable.

Variedad, mezcla y evolución de los victimarios

La violencia contra los periodistas en Colombia tiene varias fuentes. Los narcotraficantes y, en general, el crimen organizado han sido una presencia fatal desde hace por lo menos cuatro décadas, con momentos históricos más intensos, pero también con objetivos estratégicos y alianzas diferentes. Tanto los paramilitares, como la guerrilla y, definitivamente, las *bacrim* se han incorporado al negocio de las drogas y de ellas han recibido grandes cantidades de dinero que reinvierten en la compra de armas, el mantenimiento de sus ejércitos, la consecución de tierras y el desarrollo de otros negocios de la ilegalidad. Se han interesado por la información como mecanismo de divulgación de sus exigencias (por ejemplo, la no extradición), pero también como instrumento de afirmación territorial y expansión de su poder. La guerrilla considera a la información y el periodismo como parte activa de la guerra, ya sea porque vea en ellos un poder o piensan que son correas de transmisión de representaciones y mensajes a la sociedad. Particularmente, la guerrilla se ensañó contra periodistas con influencia social, respeto y acogida en la comunidad que no estaban de acuerdo con sus acciones y a los que asociaban injustamente con el Estado, las fuerzas militares o los grupos de autodefensas. Los paramilitares consideraban fundamental a la información para la tarea de ocupación de los territorios y eran muy celosos con aquellos periodistas y medios que revelaban sus atropellos e investigaban sus desmanes. En su asociación con el narcotrá-



fico, integrantes de las fuerzas militares y políticos corruptos, fueron sin duda el actor más peligroso y letal contra el ejercicio del periodismo colombiano en estas décadas.

Los políticos y agentes del Estado se involucran en asesinatos y amenazas contra periodistas, sobre todo cuando exponen públicamente sus delitos. Detrás de los asesinatos de periodistas que provienen de sectores del Estado, casi siempre hay dinero, denuncias e investigaciones. La discusión habitualmente ha girado alrededor de si la intervención de policías, militares, funcionarios públicos y agencias de seguridad del Estado obedecía a un proyecto consciente e intencional o por el contrario, respondía a las desviaciones delincuenciales de algunos de sus integrantes. Una de las más graves actuaciones del Estado ha sido la interceptación de las comunicaciones de periodistas por parte del DAS, institución de seguridad que dependía de la Presidencia de la República y que fue eliminada recientemente. Las denominadas *chuzadas* que interceptaron a periodistas, magistrados y jueces, obedecieron a órdenes superiores y eran parte de un plan en el que participaron diferentes instancias del Estado, como lo señaló en su investigación y sentencia la Corte Suprema de Justicia.

Información y violencia en las regiones colombianas

Los asesinatos y amenazas contra periodistas en Colombia han sido fundamentalmente regionales. Entre 1986 y 1995, las regiones con índices más graves de violencia fueron Antioquia, Valle del Cauca, Santander, Bogotá y Córdoba. Las dos primeras con presencia de todos los actores del conflicto y tres grandes cárteles de la droga: de Medellín, de Cali y del Norte del Valle. La región del Bajo Cauca antioqueño ha sido calificada por CPJ como una de las zonas más peligrosas para el ejercicio del oficio periodístico en el mundo y en el Valle, Cauca y Mariño se han acrecentado los hostigamientos de la guerrilla y el ejército. En Santander ha habido presencia activa de paramilitares y guerrilla y en Córdoba existió una fuerte intervención paramilitar, de guerrillas y más recientemente de bandas criminales como los Urabeños y Los Rastrojos. De los 62 periodistas asesinados en este período, el 50% lo fue en estas cinco regiones del país. En Bogotá la violencia se ha dirigido particularmente hacia grandes medios y periodistas reconocidos. Del total de periodistas muertos en el período, 19 han sido atribuidos a narcotraficantes, 20 a autores desconocidos, cinco a paramilitares y siete a las FARC y el ELN.³

En la zona Caribe se han producido 31 asesinatos de periodistas entre 1977 y 2015; en la zona central, nueve; en el suroccidente, 38, y en la Amazonía, diez.

El periodismo en las regiones es fundamentalmente de medios pequeños y locales. Como se observa en la tabla 1, fueron los periodistas de estos medios los más afectados. El periodismo regional colombiano navega entre sobresaltos: está mal pagado, vive en condiciones laborales muy difíciles, depende mucho

³ *Ibidem*. Es muy posible que la cifra de asesinatos producidos por los paramilitares se aumente con los datos atribuidos a desconocidos y a narcotraficantes.



Tabla 1. Asesinatos de periodistas colombianos según el tipo de victimarios entre 1977-2015 (períodos de 5 y 10 años)

Victimarios	1977-1980	1981-1985	1977-1985	1986-1990	1991-1995	1986-1995	1996-2000	2001-2005	1996-2005	2006-2010	2011-2015	2006-2015	Presuntos victimarios
Guerrilla ELN	0	0	0	0	4	4	1	0	1	0	0	0	5
Guerrilla FARC	0	0	0	0	3	3	2	6	8	0	0	0	11
Guerrilla EPL	1	0	1	0	0	0	2	0	2	0	0	0	3
Guerrilla (sin identificación)	0	0	0	0	1	1	2	0	2	0	0	0	3
Paramilitarismo	0	0	0	4	1	5	7	7	14	2	1	3	22
Fuerza Pública	1	0	1	0	2	2	0	0	0	0	1	1	4
Bandas Criminales	1	1	2	3	0	3	0	1	1	0	0	0	6
Narcotráfico	2	1	3	16	3	19	3	2	5	0	0	0	27
Corrupción Política	2	3	5	0	4	4	5	8	13	5	3	8	30
Autor material (Autor identificado)	0	2	2	0	1	1	1	0	1	0	0	0	4
Desconocidos	2	2	4	11	9	20	4	7	11	1	1	2	37
Total victimarios	9	9	18	34	28	62	27	31	58	8	6	14	152

Fuente: CINEH, 2015. Elaboración propia.

del periodismo nacional pero, sobre todo, de los dineros asignados por los funcionarios públicos y transita por una zona gris complicada. En efecto, a veces los periodistas tienen otras ocupaciones como integrantes de oficinas de relaciones públicas o jefes de prensa de entidades privadas, pero además algunos tienen representación política o social: son los casos de líderes comunitarios, han sido funcionarios o tienen pretensiones como alcaldes o concejales. Este mimetismo indebido aumenta el peligro que se cierne sobre ellos. Pero lo más grave es la mezcla entre un periodismo valiente y riguroso, con un periodismo de baja calidad y poco rigor. A ello se suma la indefensión, la proximidad de los actores violentos, la consistencia del aparato criminal y la enorme impunidad existente.

El daño más allá de los medios

La violencia contra periodistas generalmente ocasiona un daño colectivo que impacta en la comunidad de proximidad y en la sociedad en general. El tipo de daño puede ser de diferente naturaleza: en algunos casos destruye el tejido comunicativo de una comunidad porque hace desaparecer a sus voceros y debilita la poca opinión pública que existe en los lugares en que vive el periodista asesinado. Genera situaciones de amedrentamiento y miedo generalizado y produce —como ha sucedido en Colombia— desplazamientos y exilios colectivos. El 31 de marzo de 2003 cerca de 16 periodistas de Arauca tuvieron que salir huyendo hacia Bogotá después de recibir amenazas de las FARC y los paramilitares. Emisoras de radio indígenas han sido destruidas o amenazadas, mientras que varios de los periodistas de La Voz de la Selva del Caquetá, cayeron baleados por la guerrilla de las FARC que se oponía a la familia política dueña del medio de comunicación, que también fue diezmada por ese grupo. En algunos casos se cegó la vida del único periodista del pueblo y con su muerte se acabó para siempre el medio que durante años informaba a los vecinos.

Gertrudis Rey
Colombias, cuatro décadas de violencia
Patricia Vega Jiménez
Centroamérica, crisis humanitaria
Milor Biliša
Bosnia: A mordida do puroborro
Andrés Iniesta y Javier Ortega
Chile, la sombra de la dictadura
Anaer Arribas Usruña
Ser o no ser periodista en México
Marta Varela
Argentina: Estado y medios
Fernando Díaz Novy
Medio siglo de atentados
contra periodistas
Ruth de Frutos
Mujeres periodistas:
Violencia aumentada

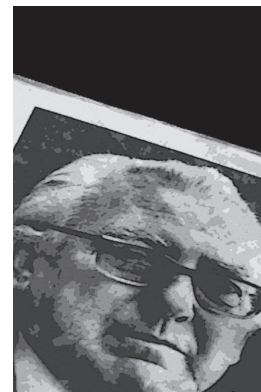


Uchuraccay:
La memoria
en cómic

Tabla 2. Asesinatos de periodistas colombianos por tamaño de medios de comunicación entre 1977-2015 (periodos de 5 y 10 años)

Definición	Tamaño de los medios	1977-2015 (10 años)										Total Tamaño de los medios (hasta 2015)			
		1977- 1980	1981- 1985	1977- 1985 (10 años)	1986- 1990	1991- 1995	1986- 1995 (10 años)	1996- 2000	2001- 2005	1996- 2005 (10 años)	2006- 2010		2011- 2012	2006- 2015 (10 años)	
Periodistas que trabajan solo en un medio de influencia nacional e internacional	Gran medio	0	1	1	8	3	11	2	2	4	0	0	0	0	16
Periodistas que trabajan en varios grandes medios	Varios medios (Solo grandes medios)	1	1	2	3	0	3	0	0	0	0	0	0	0	5
Periodistas que trabajan solo en un medio de influencia regional o local	Mediano o pequeño medio	6	3	9	14	21	35	17	25	42	5	6	11	97	
Periodistas que trabajan en medios pequeños o medianos	Varios medios (medios pequeños)	1	1	2	5	0	5	3	3	6	2	0	2	15	
Periodistas que trabajan en uno o varios grandes medios y también en uno o varios pequeños medios	Varios medios (gran medio/pequeño medio)	0	2	2	3	2	5	3	0	3	1	0	1	11	
Periodistas que trabajan en organizaciones no periodísticas	Agregaciones	0	1	1	1	0	1	0	0	0	0	0	0	2	
Periodistas independientes	Freelance	1	0	1	0	2	2	2	0	2	0	0	0	5	
Voceador de venta de prensa escrita	Voceadores	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	1	
Total tamaño de los medios según períodos		9	9	18	34	28	62	27	31	58	8	6	14	152	

Fuente: CMH, 2015. Elaboración propia.



Las razones de la esperanza

En medio de tanta barbarie, han surgido proyectos y experiencias de solidaridad verdaderamente ejemplares. Se ha generado una amplia red de alerta y protección de periodistas apoyada por el Estado y organizaciones periodísticas; se han incrementado las instituciones para la defensa de la libertad de expresión como la Fundación para la Libertad de Prensa, el proyecto Antonio Nariño y Medios para la Paz, entre otros. Se han creado asociaciones de periodistas como Fecolper, Consejo de Redacción o las mesas de comunicación de varias regiones, se han extendido los programas de formación, las publicaciones y el seguimiento de las realidades del periodismo en el país. También ha sido fundamental la participación de múltiples organizaciones internacionales, así como de la cooperación.

Y aunque el futuro tiene aún muchas sombras para el ejercicio del periodismo en Colombia, la valentía y el compromiso de muchos medios y comunicadores, así como la solidaridad nacional e internacional, prevalece sobre la crueldad de los violentos.

ANDALUSIAN
TECHNOLOGY
PARK

The place
for global
companies

www.pta.es

IDEA!
PARQUE TECNOLÓGICO DE ANDALUCÍA